

LA FUNCION DEL PADRE EN LA CRIANZA

Las niñas, los niños exigen desde antes de nacer que sus padres les brinden seguridad no sólo física, sino psicológica, acuerdos previos entre los padres de cómo conducirlos, qué se les va a permitir o qué no, asegurarán una conducta adecuada, un acercamiento con el mundo más positivo, con la tolerancia suficiente para resistir las frustraciones y las exigencias de la vida.

Voy a referirme a dos temáticas, propias de nuestra civilización profundamente entrelazadas con la labor de educar: la crisis del padre como instaurador de ley e ideales y la transformación del niño en grande, para a partir de estas, analizar los nuevos vínculos en la familia y examinar posibles alternativas.

Blanco Fernández, M, en su artículo Adolescencia e Hiper modernidad expone cómo con la muerte del padre, anunciada por NIETZSCHE, “Dios ha muerto”, se terminan los referentes universales, los valores supremos con su carácter obligatorio, lo que sume al hombre en el relativismo moral, en el goce y en la satisfacción inmediata de su deseo. “En esta época, caracterizada por el relativismo, lo que ha venido al lugar de la verdad es el funcionamiento” Estamos en la época del click “eso va” o “no va”, o funciona para mí... Por tanto, el ideal no cumple su función reguladora, lo que socava directamente la práctica educativa “ya que toda educación se basa en la propuesta de ideales, aunque solo fuera que es mejor tener conocimiento que no tenerlo”.

La educación entra en crisis porque pretende dar respuestas universales en una época en que el individuo sólo cree en sí mismo, en la que la función reguladora del padre es reemplazada por cualquier elemento u objeto, que permita la conexión de dar sentido y goce, donde el sentido es relativo a cada quien, según su deleite El disfrute actual no problematiza al sujeto, ¿será bueno o malo? ¿qué consecuencias tendrá o a quienes afectará?, ni lo culpabiliza, al contrario, no existe un aplazamiento del mismo y se proclama como un derecho.

Las nuevas formas de presentación del goce producidas por la unión de la ciencia y el mercado de la globalización, junto al individualismo exagerado conllevan un mayor aislamiento del otro, por tanto en la época de la comunicación, el sujeto vive cada vez más solo, inmerso en la unión goce-objeto que lo satisface, ya sea la televisión, la Internet, las drogas, o el alcohol... Vivir de este modo hace que cualquier contratiempo, dificultad, sacrificio o sufrimiento cotidiano, sea muy mal tolerado ya que el individuo está habituado a la satisfacción inmediata de su demanda.

El sujeto actual liberado de la norma, cae víctima de la pulsión, del disfrute ilimitado, la transgresión deja de existir, la culpa es reemplazada por la búsqueda del límite, límite que no aparece, debido a que los padres también están desorientados en su función de educar y su autoridad se ha resquebrajado.

A su vez el niño tiene acceso a todo tipo de ocio e información como el adulto, por lo menos en Internet y en la televisión, generando la pérdida de la inocencia, algunos autores comentan que todos los secretos referentes a la sexualidad y a la vida intrauterina, considerados como los misterios, han sido develados, es decir, para el niño ya nada es desconocido...

Entre tanto los padres tienen dificultad para sostener la función de autoridad. Las referencias familiares y el lugar de autoridad, son cada vez más lábiles, como consecuencia, se produce la infantilización del adulto, el borramiento de las diferencias entre el niño y el adulto. Siendo la adolescencia, el estado común, para muchos sujetos de cualquier edad, en nuestra sociedad, dramatizada recientemente en el comercial de Bombril, donde el joven de 45 años comparte el hogar de sus padres y son ellos los que están a su cargo...

La infantilización del adulto trae aparejada la adultización del niño, a quien se le exige que actúe como grande, que sea capaz de autoabastecerse en muchos aspectos, se espera de él un aprendizaje rápido y diverso, éxito y rendimiento- ojala sin necesitar de otro o de los otros- sus padres, quienes están demasiado ocupados con la consecución de su propio éxito o inmersos en su vida laboral. A propósito recuerdo una citación a los padres de una niña de cuarto de primaria, cuyo motivo era el bajo rendimiento escolar, cuando nos reunimos, los padres reclamaban a la niña ya que ellos no entendían cómo no rendía, si ellos llegaban a la diez de la noche, pero ella ni había realizado sus tareas, ni había lavado la loza del día. Nosotras concluimos que tal vez la niña debiera también pagar la pensión y mantener a sus padres porque tras de abandonada... no porque fuera malo lavar la loza sino por el exagerado número de horas en las que no interactuaba con nadie que la motivara o la alentara a hacer, sin contacto visual, auditivo o táctil, con otro ser humano. A la luz de estos argumentos, sería conveniente examinar el aprendizaje intrauterino, la sobresaturación de estimulación en los primeros meses... considerada hoy una de las causas del déficit de atención.

Un síntoma importante de esta forma del vínculo es la aparición de la violencia infantil y juvenil. Porque, al renunciar al ejercicio de la autoridad, abandonamos

nuestra responsabilidad educativa y llevamos a las nuevas generaciones a vivir sin referentes, sin límites, sin el sentido orientador de la palabra que colma de significado a la existencia.

La igualación del niño y el adulto, va dando paso a lo que Ma. Cristina Rojas denomina la horizontalidad del lazo fraterno, en el cual se pierde la verticalidad propia de la relación padres – hijos, olvidando que el sostén y la asimetría son fundamentales para la constitución del psiquismo infantil. “Las familias donde prima el igualamiento niño – adulto, confieren al niño un saber intuitivo e innato que parece liberar a los padres de la responsabilidad de criar y educar”.

Esta igualación del niño con el adulto, permite descartar la fragilidad infantil, dejando de lado su diferente grado de constitución del psiquismo y la cuestión de la responsabilidad adulta. Así los niños se ven sometidos a un exceso de expectativas y exigencias de rendimiento, que esconde una modalidad velada de violencia, al convertirlo en depositario de las fantasías, sueños y expectativas que los adultos tal vez no han logrado alcanzar.

Quizá el equívoco más común dentro de esta igualación, es el del padre mejor amigo de sus hijos, cuando adopta la misma forma de vestir, de hablar, su peinado, coquetea con sus amigas, flirtea con las novias, etc.... porque como afirma Fernández Blanco el adulto dimite de su función de aportar un significado que humanice la vida, y esto incluye contraponerse, aguantar el disgusto o el enfado de los hijos. La inconsistencia de estos padres chéveres, fuerza a sus hijos a crecer sin padres, por la ausencia real o por la claudicación de su deber, porque, ¿si son iguales, para qué son adultos? Esta falta de sostén y amparo trae consigo cuadros psicopatológicos de alta incidencia: como el síndrome de pánico, y la sensación de estar vacío o desvalido.

Este contexto también ha llegado al aula de clases, donde el docente ha creído que la mejor forma de acercarse a sus alumnos es el coleguismo docente, constituyéndose en un grave error porque entonces no se pone límite a la pulsión, al deseo, al instinto, el docente abandona su función, entonces, surge con gran fuerza la violencia escolar, traducida en el rechazo activo o pasivo de cualquier indicación pedagógica o medida disciplinaria o como se ha visto, el aumento del fenómeno bullying en la escuela.

Aunque la perspectiva es desalentadora, siguiendo la psicología positiva, se sabe que el ser humano no está totalmente determinado, es decir, que siempre tiene

posibilidades de cambio, podemos modificar nuestro rumbo y hacernos responsables de educar a nuestros hijos, educar encierra estar presentes, porque el niño no dejará de realizar algo que le guste sino en la presencia de un padre-madre que lo inhiba en ese deseo y posteriormente, abandonará la pulsión sólo por temor a la pérdida de amor de sus padres. También es necesario reconocer que inhibir los comportamientos no deseados, requiere permanencia de la norma, coherencia, enfrentamientos y renuncia de los padres en favor de sus vástagos.

Otro factor derivado de lo anterior es el de aprender a decir no a los hijos, con el convencimiento que los límites restringen pero a la vez protegen y por ende contribuyen a la contención, al aseguramiento y crecimiento del individuo.

Doherty y Erickson, citados por la fundación Chile unido, resaltan la importancia de ser padres comprometidos y enumeran las siguientes características de este tipo de padres:

- Tener sentimientos y conductas responsables respecto de los hijos
- Sentirse emocionalmente comprometidos
- Ser físicamente accesibles
- Ofrecer apoyo material para sustentar las necesidades del niño
- Ejercer influencia en las decisiones relativas a la crianza del hijo

Así, un alto nivel de compromiso genera un contexto familiar en el que tanto el hombre como la mujer se sienten satisfechos con su relación y con los acuerdos acerca de la crianza infantil a que han llegado.

Los hijos de padres comprometidos, se caracterizan por una mayor capacidad cognitiva, mayor empatía, y mejor capacidad de autocontrol.

